

CIENCIA POLÍTICA E INTERDISCIPLINA: UNA PERSPECTIVA TEÓRICA DEL ESTADO LATINOAMERICANO. ENTREVISTA CON MARCOS KAPLAN*

Héctor ZAMITIZ GAMBOA

PRESENTACIÓN

La presente entrevista forma parte del proyecto de investigación “La ciencia política en México: historia intelectual de una disciplina”, iniciado hace algunos años bajo la premisa de que testimonios como éste contribuirían decididamente a evaluar a la disciplina y a definir de manera más precisa el perfil de su objeto de estudio y su ejercicio profesional. Los resultados de dicho proyecto han permitido lograr fines diversos; entre otros, comprobar que la política como ciencia en nuestro país es producto de diversas tradiciones y escuelas del pensamiento político, entre ellas la latinoamericana.

La entrevista fue realizada por Héctor Zamitiz, quien contó con la participación, para su transcripción, de Margarita Flores Santiago, y en la preparación para su edición, del profesor Carlos Hernández Alcántara.

Con su publicación queremos hacer patente nuestro agradecimiento al doctor Marcos Kaplan, quien posee una tradición sobresaliente en la materia, por la seria y decidida participación en el proyecto, puesto que no sólo nos permitió conocer su contexto formativo, sus retos profesionales y sus expectativas sobre la disciplina, sino acrecentar, como miembros de una comunidad académico-científica, una posición crítica y un rigor académico que se requieren para formar parte de ella.

P: Doctor Kaplan: ¿Por qué se interesó o qué fue lo que lo que motivó a estudiar ciencia política?

* Tomado de Zamitiz, Héctor, “Ciencia política e interdisciplina: una perspectiva teórica del Estado latinoamericano. Entrevista con Marcos Kaplan”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, núm. 176, 1999 ®; con autorización.

R: Pienso que puede ser comprensible o explicable. No deja de ser, sin embargo, una pregunta complicada que requiere tiempo y matices para ser contestada de modo adecuado a su complejidad. Es bueno saber que uno nunca podrá llegar a estar seguro de conocer las principales razones y comportamientos por los cuales se define una vocación y se inclina en una dirección determinada para la transformación de la vocación en oficio o profesión. En mi caso, una de las claves posibles se encuentra evidentemente en el “cruce entre la biografía y la historia”, de que hablaba C. Wright Mills. Es decir, por parte de la biografía creo que mi interés por la política se desarrolla a partir del gusto por el trabajo intelectual que se me desarrolla tempranamente, ante todo por la literatura y por la historia, y luego cada vez más por lo humano social en general. Por otra parte, ello se cruza con una historia real que irrumpe en una adolescencia y una juventud en un mundo espectacularmente desgarrado por dramas de dimensiones mundiales, como los enfrentamientos entre el capitalismo y lo que pretende presentarse como socialismo, entre fascismo y democracia, todo ello entrelazado con crisis y depresiones económicas, con la sombra todavía presente de la Primera o Gran Guerra, la Guerra Civil Española y con la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas. Al mismo tiempo, y entrelazado con todo aquello, durante mi adolescencia y juventud, Argentina pasa por una sucesión de rápidos cambios y conflictos: promesas de desarrollo, progreso y bienestar, y de desarrollo político, con sus reiteradas insatisfacciones, fluctuaciones permanentes entre movimientos y gobiernos autoritarios y efímeras primaveras democráticas, inestabilidad y discontinuidad políticas; la casi imposibilidad de diseñar y realizar cualquier proyecto de progreso individual y colectivo, con ciertas garantías básicas de continuidad y avances acumulativos. Para los jóvenes intelectuales argentinos todo se vive bajo la sombra de la inseguridad y los pequeños y grandes desastres recurrentes. (Esto, si por una parte tiene altos costos [psicológicos, materiales políticos, profesionales], por la otra contribuye a desarrollar una variable capacidad de resistencia, obstinación y supervivencia en la adversidad.) Cabe agregar como efecto y causa mi temprana politización y mi participación durante muchos años en diversas actividades políticas.

En todo esto debe destacarse la incidencia de un movimiento especialmente influyente, con poco positivo y mucho negativo, y que termina por lanzar una sombra, frustrar o congelar, toda alternativa superadora de

la situación del país: el peronismo, polo y eje fundamental alrededor del cual ha girado en mayor o menor grado la vida política y sociocultural del país, prácticamente en el presente.

Pienso que todo ello influye, de manera más o menos consciente y directa, en el desarrollo de mi vocación por la ciencia política ante todo, pero también por la historia y la sociología, aunque sin llegar a debilitar o desplazar mi gusto por la literatura. Desde siempre he mantenido mi necesidad de lo que más tarde llegué a considerar inter, y luego, y mejor aún, transdisciplinarietà. Incluso creo que politólogos y científicos sociales en general deberían formarse, vivir y actuar con una fuerte base cultural, y no meramente profesional-especializante.

Incidentalmente también, esto tiene que ver con un tema que encuentro muy atractivo e importante, pero que me parece poco desarrollado en América Latina: la paradoja de los científicos sociales, que estudian todo menos a sí mismos, es decir, que no se preocupan por analizar las condiciones de su propia existencia y su propia práctica, y de su producción de conocimiento como profesionales o técnicos de la ciencia política.

Creo que esta observación busca contribuir modestamente a dar toda vía más justificación al proyecto de investigación: “La ciencia política en México: historia intelectual de una disciplina”.

Entonces, lo dicho hasta ahora es un intento, seguramente insatisfactorio, por explicar mi interés por la política y la ciencia política, y mi entrega a esa vocación hasta el presente.

P: ¿Recuerda quiénes fueron sus maestros más relevantes y los libros que sirvieron de apoyo a su formación?

R: Respecto a la primera pregunta, me parece pertinente comenzar por una referencia general. Creo que las condiciones en que se desarrolló el estudio y el trabajo de la ciencia política, y de las ciencias sociales en general, han sido bastante más favorables en México que en Argentina. Por un complejo de razones que no puedo tratar de dilucidar aquí pero que he tratado en otros textos y ocasiones, en México ha habido, desde bastante más tiempo atrás, una política mucho más deliberada de apoyo, ante todo a la universidad nacional, y de promoción al desarrollo de las ciencias sociales; no sólo como vocación sino también, y sobre todo, como ejercicio profesional.

En Argentina ha habido una posibilidad y un apoyo mucho menores hacia la universidad nacional o pública, y hacia la ciencia política y las

ciencias sociales en general. En primer lugar, desde las elites dirigentes, desde instituciones altamente influyentes como las Fuerzas Armadas y la Iglesia, y en general desde el Estado, hacia las ciencias sociales se tiene desde siempre una actitud y un trato que podría calificar como de neutralidad malevolente, cuando no de hostilidad mal disimulada. Se las considera superfluas en el mejor de los casos, sospechosas y subversivas en el peor. Así, la sociología es equiparada al socialismo, la ciencia política, responsable de la politización indeseada de clases y grupos, el psicoanálisis por alguna extraña razón inspirador de la subversión a través de una disolución de todo lo respetable y sagrado. Se las mantiene en lo posible en una posición relegada; *ghettos* culturales a vigilar y aislar.

En segundo lugar, ha existido un patrón diacrónico de emergencia y desarrollo desigual de las ciencias sociales. El derecho aparece tempranamente y se impone largo tiempo, como la disciplina social hegemónica y matriz de la cual se van desprendiendo otras disciplinas; después, la historia, la economía (primero sospechosa de proclividad al socialismo y luego legitimada en sus variedades neoclásicas y sobre todo neoliberales y técnico-burocráticas) y, posteriormente, la sociología, la antropología, y la ciencia política. La sociología tiene por primera vez en Argentina una dedicación específica en la Universidad a partir de la caída del primer gobierno de Perón en 1955, con el papel muy importante que en ello representa el sociólogo Gino Germani, injustamente subestimado u olvidado.**

De modo que durante largo tiempo, quien quiere formarse como politólogo en Argentina debe buscar sus maestros donde los halle, ya sea en las instituciones académicas reconocidas, ya en la relación personal directa; ya sea a distancia con contemporáneos, o a través del mejor o peor uso que se logre aprender de los maestros del pasado.

Uno de mis principales maestros y luego colega y copartípe en actividades de investigación y docencia en ciencia política ha sido el profesor y doctor Silvio Frondizi, bárbaramente asesinado en 1974 por sicarios peronistas durante la presidencia de Isabel Perón. Ha sido uno de los primeros que en Argentina hizo ciencia política, especialmente historia de las ideas políticas y análisis de los movimientos y regímenes políticos

** A estas cuestiones me he referido durante varias décadas. Entre otros me remito a mi reciente texto: "El politólogo y la ciencia política: retos y dilemas", reproducido en el volumen Judith Bokser (coord.), *Estado actual de la ciencia política. Congreso Nacional de Ciencias Políticas*, México, UNAM, 1996.

y del Estado, y luego cada vez más una reflexión crítica sobre la crisis política de Argentina y un esbozo de propuesta de alternativas para su desarrollo político, todo ello de manera precursora y con un sentido moderno considerando el momento histórico en que comienza su praxis.

Su primera obra significativa es la *Introducción al pensamiento político de John Locke*, largo tiempo sin publicar. Es particularmente importante la publicación, en 1943, de su libro *El Estado moderno*, (Buenos Aires, Losada), muy por encima y muy delante de lo que en ese momento pasa en Argentina por ciencia política o análisis científico de la política.

De manera ilustrativa puede recordarse que, hacia 1943, en Argentina se publican dos libros muy importantes, situados en dos polos opuestos pero igualmente valiosos por el talento y solidez de sus autores, y el interés del tema compartido desde ángulos opuestos. Uno es *El Estado moderno*, de Silvio Frondizi, con un enfoque que hoy diría democrático liberal-radical. El otro es un libro de Arturo Enrique Sampay, que se llama *La crisis del Estado de derecho liberal burgués*, y que parte de un punto de vista, si bien no plenamente fascista o nacional socialista, sí falangista. Sampay tiene luego una evolución curiosa. Se acerca al peronismo y llega a ser el inspirador, si no el redactor, de la Constitución peronista de 1949; dirige al bloque peronista en el Congreso Constituyente, y por su inclusión y defensa de artículos de inspiración estatista sobre energéticos y recursos naturales en el texto en debate, termina en un fuerte conflicto con Perón. Amenazado se exilia, y después evoluciona hacia una especie de nacional populismo de izquierda que emerge y hace crisis en la dramática fase del segundo gobierno peronista.

Incidentalmente, Silvio Frondizi me da el primer contacto con México a través del conocimiento del licenciado Jesús Reyes Heróles, que estudia una maestría en la Universidad de la Plata, Argentina, y a quien el primero dirige su tesis, publicada luego en el volumen *Problemas actuales del Estado*.

Una de las ventajas que me proporciona la relación con Frondizi es la muy temprana incorporación al conocimiento de lo más avanzado de la ciencia política en ese momento, y la intensa formación para la investigación que con atención muy personal me da durante un tiempo prolongado.

Es muy importante destacar el papel que en Argentina y en América Latina tuvieron importantes académicos en el medio universitario, en muchos casos sin un fuerte sostén institucional, y algunos de ellos extranjeros.

Silvio Frondizi, y su hermano Risieri, filósofo y futuro rector de la Universidad Nacional, son dos de los jóvenes investigadores contratados cuando se funda la Universidad de Tucumán en los años treinta, como centro académico de modernidad avanzada. Ella no sólo se convierte en un centro renovador de gran importancia que incorpora jóvenes talentosos a la investigación y la docencia, sino que además atrae a muchos exiliados europeos que huyen del franquismo triunfante, del fascismo y el nazismo en el poder, y de la guerra civil e internacional, con filiaciones que van del centro-izquierda al centro-derecha.

Recuerdo entre ellos a Renato Treves, gran figura de la sociología del derecho y a Rodolfo Mondolfo, filósofo de gran nivel y una alta productividad y que vivió en Argentina. Creo que hay figuras que no han sido suficientemente reconocidas, aunque tuvieron contribuciones muy importantes. Por ejemplo, quizás habría que subrayar especialmente a José Medina Echavarría, con grandes contribuciones en la España republicana en México y luego en organizaciones de Naciones Unidas con sede en Chile, formación filosófica, jurídica y sociológica, y aportaciones significativas a la sociología del desarrollo.

Con base en mi modesta experiencia personal, no dejaría de destacar el formidable poder formativo que representó desde la década de los cuarenta el Fondo de Cultura Económica, el puente que le tendió a un adolescente y joven ávido de saber y comprender, el acceso a lo más grande, mejor y avanzado del pensamiento económico, social, cultural y político, desde lo clásico a lo más actual.

P: ¿En qué año llegó usted a vivir a México?, ¿recuerda usted cuál era la situación del desarrollo de las ciencias sociales y en particular de la ciencia política en México?

R: Llego definitivamente en 1975, aunque ya con un contacto estrecho y frecuente con México y su vida académica. Desde mi llegada, y con el comienzo de mis actividades de investigación, docencia y publicación de libros y artículos, me encuentro con la imposición de ese althusserismo dogmático por esencia, que desde sus inicios combina el marxismo leninismo-stalinismo y una inspiración del escolasticismo cristiano. Louis Althusser es el Dios y el profeta en una sola persona. El dogmatismo pseudo marxista opera hacia ese entonces, ya directamente a través de la versión para iniciados, ya a través de algunas de las vulgatas que constituyen un insulto a Marx y a la inteligencia crítica en general. De todos

modos, creo que llego cuando comienzan a verse los primeros síntomas de agotamiento de esa corriente, aunque encubierto por un alto grado de autoritarismo e imposición. Se debe leer el primer tomo de *El capital* para responder al programa prácticamente de cualquier materia. Para hacer una comparación significativa: Althusser domina completamente, en cambio, Henri Lefebvre, con una contribución en mi opinión más rica y estimulante, está en comparación poco presente.

P: ¿Usted cree que siempre se trata de recuperar a los clásicos del pensamiento político frente a las distintas corrientes en boga? Si esto es así, ¿a quién o a quiénes recuperaría usted?

R: Ante todo, no puede caerse en una falsa oposición entre clásicos y contemporáneos; los dos son indispensables. Si creo que se debe recuperar y no perder a lo que llamaría clásicos del pasado y clásicos del presente pero relegados a la retórica conmemorativa, al olvido o a la irrelevancia. Se debe aprender a interrogar a los clásicos, captar su experiencia cristalizada, sus reacciones frente a la coyuntura histórica que han vivido y al juego de las circunstancias en que se desarrollaron o de la que fueron testigos. Interrogar con respeto e inteligencia a los clásicos es saber que no todo lo que dicen explícitamente es todo lo que pueden decir. A veces, lo que no dicen o no explicitan es una idea más abierta, más rica, más flexible. Descubrir la dialéctica que hay entre un pensador individual y su contexto histórico es importante.

Debemos ser capaces de desempolvar a los clásicos y demostrar que no son aburridos, como creen muchos estudiantes, y enseñarles que pueden ser altamente estimulantes y hasta emocionantes si uno aprende a dialogar con ellos. Aunque prefiero pensar que puede haber nuestras insuficiencias como académicos, el desinterés de muchos estudiantes es producto de factores estructurales heredados o ambientales que uno no puede totalmente controlar, sobre todo la influencia idiotizante y corruptora de los medios masivos o de las dirigencias ideológicas y políticas. De todos modos, no enseñar a hablar con los clásicos a los estudiantes puede ser en mayor o menor medida una responsabilidad nuestra. Por ejemplo, pensar que *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo es aburrido, o que lo son las memorias sobre la Revolución del 1948 de Tocqueville, me parece un poco desconcertante.

Tenemos un déficit terrible en cuanto a los clásicos, por ejemplo la ignorancia del pensamiento grecolatino, sobre todo el griego. Valdrá siem-

pre la pena rescatarlo, y también por supuesto el desarrollo del pensamiento moderno desde el Renacimiento y hasta Reforma, digamos ante todo hasta el siglo XVIII inclusive. No estaría de más una recuperación más completa y creativa por ejemplo de todo el movimiento de la Filosofía de las Luces, incluyendo sus formidables dimensiones literarias y culturales en general. En el siglo XIX, le dedicaría más y mejor atención a Alexis de Tocqueville y las múltiples vertientes de su pensamiento.

La recuperación a la vez crítica y creativa de los clásicos pasados y de los que ya llegan a serlo en el presente tiene la importancia adicional de vacunar contra la influencia de las modas a la vez temáticas e ideológico-políticas con sus periódicos flujos y reflujos en la vida académica y cultural de México y demás países latinoamericanos. Alguna vez habría que realizar una investigación histórica y comparativa de las series de modas que nos han sacudido e impregnado, como las distintas variedades del marxismo dogmático, la marginalidad, la dependencia, el autoritarismo burocrático, las transiciones políticas de distinto tipo, la globalización. Se trata, por supuesto, de una mera enumeración, que está lejos de ser exhaustiva.

Está la tremenda cuestión sobre qué queda de Marx. Al respecto vale la pena recordar que durante décadas se ha sufrido un formidable y catastrófico doble malentendido. La teoría de Marx fue confundida con el marxismo-leninismo-stalinismo-maoismo, como discurso de un poder burocrático-totalitario y el proyecto socialista con el totalitarismo soviético (el famoso socialismo realmente existente). Al caer dos de los términos, arrastran en su caída a los otros dos. Está pendiente la posible respuesta que se puede dar (por supuesto, si se quiere darla) en cuanto a lo qué es rescatable o sigue vivo de la teoría de Marx y del proyecto socialista (o más exactamente los posibles proyectos socialistas, marxistas o no marxistas).

Daría más lugar al conocimiento y uso de un Max Weber, no unidimensional, terminado y encapsulable, sino contradictorio, con sus cosas geniales pero también con sus limitaciones. Para leer a los clásicos hay que tener una buena dosis de falta de respeto en el buen sentido; no verlos como prototipos o como un pensamiento acabado y encapsulado. Creo que una falla grave es la ignorancia casi absoluta sobre algunas figuras muy importantes de la sociología. Debería conocerse, enseñarse, valorar e incorporar en muchos aspectos y niveles del currículum académico a dos muy importantes sociólogos: Karl Manheim y Georg Simmel.

Es indispensable recuperar también en muchos aspectos al hasta cierto punto injustamente olvidado C. Wright Mills, no sólo en sus contribuciones teóricas y metodológicas, o sobre *La elite del poder*, o del militante *Escucha blanco*, sino sobre todo sus estupendas investigaciones empíricas: *The New Men of Power* y *White Collar*, de permanente actualidad.

P: ¿Cuál es el objeto de la ciencia política?

R: Como se sabe, el objeto de la ciencia política, en el sentido más amplio del término, es el estudio de la política como manejo de los conflictos mediante el poder piramidalmente estructurado y operante, con especial referencia a los fenómenos y procesos definidos como políticos o afectados por lo político, y al Estado. Esa materia no es monopolizable por una ciencia social en particular, con un territorio perfectamente delimitado, y a la disposición de un grupo particular de expertos. Las ciencias sociales nacen y se desarrollan dentro de una determinada división social del trabajo, en un proceso de especialización, profesionalización e institucionalización. Todo lo que sea la política es como una constelación temática y problemática, respecto de la cual existen y actúan legítimamente la filosofía política, la teoría política, la ciencia política, pero también las relaciones internacionales, la historia, la antropología, la economía, la sociología, la psicología social, según supuestos, aspectos y niveles a considerar, objetivos a lograr, instrumentos teóricos y metodológicos a utilizar, conocimientos a producir y valores y problemas a reflexionar, diferentes énfasis en la captación de datos, en la explicación y la interpretación, etcétera.

De todas maneras, nunca será suficiente el esfuerzo para promover un pensamiento y una práctica de tipo inter y transdisciplinario, entre las ciencias sociales, que trabaje en favor de la emergencia de una ciencia del hombre y de la sociedad que aún no existe, y también en la reducción de rígidas fronteras disciplinarias y el entablamiento del diálogo, respecto a las ciencias físico-naturales.

P: En su opinión, ¿Cuál cree usted que es el estado actual de la ciencia política?

R: Existe una crisis de paradigmas que tiende a agravarse. Se causa, o se manifiesta, por una discrepancia entre los supuestos teóricos, conclusiones y proposiciones, y lo que ocurre en la realidad; una sensación de agotamiento y de esterilidad, el sentimiento de impotencia ante la complejiza-

ción y aceleración en la historia y sus amenazas catastróficas. Surge una constelación de problemas nuevos, para los cuales, los instrumentos teóricos y metodológicos tradicionales, las conclusiones y proposiciones, se vuelven insuficientes. Esa crisis nos ha envuelto a todos.

P: ¿Y en Latinoamérica cómo ha sido la situación?

R: Ahí se manifiestan diferentes problemas y dificultades, que apenas puedo empezar a considerar dada la escasez de tiempo y espacio frente al tamaño y a la complejidad de la pregunta. Anotaré algunos puntos.

Hemos oscilado entre una excesiva dependencia de la ciencia política y las ciencias sociales respecto a organizaciones e instituciones académicas, ante todo de Estados Unidos y Europa Occidental, pero también de lo que fue la Unión Soviética, y de lo que fueron y son China y Cuba. Por otra parte, hemos caído con frecuencia en el rechazo de todo lo que sea universalismo, transcendencia de lo limitado y negativamente nacional-populistas, en la reafirmación de una propuesta mítica de ciencias auténtica y exclusivístamente nacionales. Creo, más bien, que debemos hacer el esfuerzo de armonizar la necesaria participación en la llamada globalización, la limitación de sus aspectos negativos y el aprovechamiento de los positivos, con el desarrollo de la mayor capacidad de auténtica autonomía y creatividad.

Por lo pronto, hemos sufrido el impacto de una crisis de los paradigmas generales y estamos sufriendo nuestra reacción a una crisis producida por la aceleración de la historia, la multiplicación e intensificación y la insuficiencia de las respuestas. Entonces hemos vivido sucesivamente la vigencia de pensamientos francamente conservadores o reaccionarios, y la aparición de tendencias, más o menos críticas, o más o menos radicales e impugnadoras. Hemos tenido todas las reacciones, propuestas, tentativas y experiencias que sean imaginables: marxistas o pretendidas tales, demócratas, fascistas, populistas, desarrollistas, viejos y nuevos liberalismos, etcétera. Creo que ha existido y existe un peligro de esterilización, de caída en la impotencia o en el conformismo; una necesidad de encontrar y ejercer orientaciones auténticamente renovadoras; una mayor modestia en lo que realmente se sabe y se debe saber respecto a la realidad y sus límites; una mayor y mejor combinación de pensamiento crítico, conocimiento más o menos exacto, e imaginación y creatividad políticas.

P: ¿Lo anterior quiere decir que no tiene ninguna preeminencia alguna corriente de pensamiento hoy en día?

R: Claro, hay una preeminencia por la fuerza propia; por la capacidad de inspiración que han dado y siguen ofreciendo muchas teorías importantes en un momento. Cada generación, si tiene capacidad y suerte, valora de manera diferente a los clásicos. Puede depender también de un determinado juego de fuerzas político-institucionales, o bien de los criterios que imponen las opciones de política científica del país. Quiero decir que si alguna corriente puede tener cierta preeminencia, ella puede cambiar la orientación de los que definen la política científica en un país determinado; o puede haber un desafío tal de problemas que muchas concepciones tienen que retroceder. Pero está claro que preeminencia completa no la tiene ninguna, sólo algunas se conservan atractivas respecto al apoyo institucional que puedan recibir.

P: ¿Acaso se refiere usted al liberalismo?

R: Depende de qué liberalismo. Uno de los problemas del liberalismo es que, como toda rúbrica o etiqueta, cubre realidades muy distintas. Un dato muy importante del liberalismo, que vale la pena conservar o recuperar y siempre tratar de extender, es todo lo que tiene que ver con la libertad política. Con la conciencia de las limitaciones del liberalismo político clásico, debe recordarse su potencial de extensión, de autodesarrollo, demostrado históricamente. Por otra parte, lo que hoy se denomina neoliberalismo es una constelación de realidades, malentendidos y mistificaciones, muchas implicaciones y tendencias negativas y destructivas. No puede olvidarse sin embargo que, después de haber conocido un ascenso fulminante, un triunfo aplastante y una difusión universal e impositiva, en lo económico, lo político y lo ideológico-cultural, el neoliberalismo presenta hoy signos inequívocos de limitación y crisis, subrayados por el aumento y generalización de movimientos de impugnación.

De todas maneras, siempre es importante recordar que la creciente revelación de las limitaciones y falacias del pretendidamente socialista régimen soviético y países de su bloque, la caída y desaparición de ambos, refuerzan por un tiempo el ascenso y triunfo, la universal legitimación, del neoliberalismo, sobre todo en términos del “fin de la historia”, como la victoria final de la dupla economía de mercado y democracia liberal.

A este respecto, un aspecto negativo de la crisis y desplome de los regímenes pretendidamente socialistas ha sido, no sólo la confusión antes

señalada entre teoría científica de Marx e ideología estalinista, y entre proyectos socialistas y regímenes realmente existentes, sino también el silencio estruendoso que la gran mayoría de los intelectuales de izquierda del mundo han mantenido, primero durante el apogeo de aquellos regímenes, y luego después del desplome con las crecientes evidencias de sus limitaciones y mistificaciones.

Las vicisitudes posteriores a 1989 en Rusia y Europa Oriental, las tensiones, y conflictos crecientes y acumulativos en el capitalismo desarrollado y en el Tercer Mundo, han contribuido por retroacción a una evaluación más sobria y realista del neoliberalismo como alternativa determinista, mecánica-lineal, fatalista, para el desarrollo de la humanidad. Simétricamente sigue planteada la necesidad de emergencia y triunfo de otra alternativa histórica realmente superadora.

También con respecto a la ciencia política occidental, sobre todo en Estados Unidos, ella ha hecho grandes contribuciones, mismas que hay que rescatar y desarrollar. No obstante, la respuesta frente a los problemas nuevos ha demostrado sus limitaciones desde el punto de la filosofía política, de la teoría política y de la ciencia política, y sus interrelaciones y ramificaciones, además muchas veces con una carga ideológica bastante sospechosa de conservadurismo y de instrumentalidad neocolonialista o imperialista.

P: ¿Ha existido una escuela de pensamiento que a su juicio haya ofrecido las perspectivas más enriquecedoras a la ciencia política?

R: Ninguna por sí sola. Si me permite decirlo en una metáfora: valdría la pena tener la mayor cantidad de cartas científicas posibles y discriminar lo que es recuperable y redistribuible. Para ello, son indispensables los esfuerzos de desarrollo del análisis crítico, de las dimensiones teóricas y metodológicas, y de la imaginación sociológica y la creatividad política.

P: ¿Cuál considera usted que es la línea formativa que debía recorrer la carrera de ciencia política?

R: Creo que debe fortalecerse ante todo, en un primer nivel, la parte esencialmente teórica, así como el aparato conceptual que le permita al estudiante, no sólo afrontar el resto de la carrera, sino aprender a constituir y usar un aparato conceptual y metodológico general. En mis cursos de sexto semestre me aterra ver que algunos alumnos no tienen ni idea de

los conceptos que están utilizando. Yo fortalecería el núcleo duro teórico y metodológico como herramienta permanente.

P: ¿Existe algún otro campo que usted vislumbra en términos de la necesidad de fortalecer la formación del estudiante de la ciencia política?

R: Son muchas las dimensiones a fortalecer, pero si “el arte es largo, la vida es breve”. Señalaría, en una época dominada por la tercera revolución científica y tecnológica, una mayor y mejor formación de los politólogos y de las ciencias humanas y sociales en general para la toma en consideración de estos problemas, para el análisis y para una mejor contribución a su tratamiento. Puedo estar mal informado o equivocarme, pero tengo la impresión de que el currículum de nuestra facultad y de otras instituciones de la UNAM y similares no incluye materias como economía, sociología, antropología, historia, ciencia política, todas ellas referidas específicamente a la ciencia y la tecnología.

Señalaría también como negativo el mutuo desconocimiento y el menosprecio recíproco de los especialistas y profesionales del derecho y de las ciencias humanas y sociales. Uno y otras se necesitan para completarse en sus tareas propias, y debe hacerse lo que se pueda para interrelacionarse, completarse, avanzar en un sentido de inter y transdisciplinariedad.

P: ¿Cuál considera que sea el mercado de trabajo de los egresados?

R: Se trata aquí de uno de los desafíos más graves y trágicos de la situación contemporánea y, cada vez más, de la etapa actual y las fases que parecen irse perfilando. El ciclo de las revoluciones científicas y tecnológicas de los dos o tres últimos siglos crea tendencias crecientes, acumulativas y casi irresistibles, al desempleo masivo a escala mundial, que afecta cada vez a un número creciente de clases, grupos, naciones y regiones, independientemente de las calificaciones de las víctimas. A los impactos de la (bien o mal) llamada globalización se agregan en el mismo sentido las implicaciones y crisis del desarrollo neocapitalista tardío o periférico; la incidencia de la ideología y la política llamadas neoliberales; las tendencias al adelgazamiento del Estado que, aunque incompletamente realizada, no deja de repercutir, directa o indirectamente, en la reducción de las alternativas de empleo. A ello hay que agregar la estrategia y la política de denigración de la Universidad Nacional y de las ciencias sociales, de descalificación, desconfianza y hostilidad hacia una y las otras.

Los estudiantes que cursan una de las carreras de ciencia política corren el riesgo de encontrarse, al terminar, con la condena al estatus de *lumpen intelectual* o *lumpen profesional*. Creo que hay que hacer un extraordinario esfuerzo para aumentar la demanda a través de la calidad. Los estudiantes, en su mayoría, parecen no darse cuenta de que si antes las discriminaciones se daban en el ingreso, hoy se encuentran en la salida y en el ingreso al mercado; operan a través del diploma, de la institución de la que se proviene y, sobre todo, cada vez más de la calificación. A este respecto debe pensarse mucho y bien sobre las reformas pendientes, en cuanto a cómo mejorar la capacidad promedio de nuestros estudiantes para ingresar al mercado de trabajo.

P: Dentro de este esfuerzo para mejorar la formación del egresado de la carrera, si hablamos del perfil profesional, ¿cuál cree usted que debería ser éste?

R: Contar con una buena formación básica, un equilibrio entre teoría, metodología y manejo de ciertas técnicas. Sugiero desarrollar también el hábito de combinar toda esa enseñanza, con la preocupación en la exploración de las áreas críticas del desarrollo nacional, aquellas donde van a aparecer los principales desafíos para las ciencias sociales.

P: ¿Cuáles considera usted que sean los problemas y desafíos a los que se enfrenta la ciencia política hoy en día?

R: Yo los resumiría en una sola palabra: la *supervivencia* en varias dimensiones: como disciplina y sus especialistas capaces de desarrollarse y superarse en la crisis de los paradigmas; como ejercicio profesional, en la capacidad para abrirse nuevos nichos o nuevos espacios dentro de una perspectiva que se encuentra más bien inclinada al pesimismo. Una masa de politólogos variablemente capacitados o entrenados, con la tendencia al bajo nivel promedio, entra necesariamente en contradicción con un mercado restringido y hostil.

P: ¿De qué manera cree usted que han cambiado las formas de transmisión del conocimiento y las condiciones de trabajo en la academia?

R: En algunos casos han empeorado por causas o por factores de los cuales no es responsable nuestra facultad, ni la universidad nacional en general. Por ejemplo, es evidente el descenso en el nivel de capacitación con el que llegan los estudiantes a la universidad, lo cual viene desde la primaria, después la secundaria y llega a la preparatoria en forma acumu-

lativa. Se puede decir al respecto que los que llegan buenos, es porque ya eran buenos antes, o por talento natural, o por ambiente familiar y social, o por facultades excepcionales, como condiciones favorables en las cuales pudieron desarrollarse. El promedio es desolador.

Una de las cuestiones que tienen que ver con los factores estructurales es la resistencia creciente a leer. Leer no es la satisfacción de una necesidad, no se ve como un requisito de carrera sino parece casi como una condena. Existen las formas de escapismo para no leer: la reducción, por ejemplo, del uso de las fotocopias, del artículo o del extracto de diez páginas. Todos tendemos al menor esfuerzo, pero yo me acuerdo que, en mi generación o en la siguiente, la gente que estaba en la carrera quería leer y no había que torcerle la mano o el cuello para que lo hiciera. A la inversa, habría que agregar las graves restricciones en la disponibilidad en las bibliotecas universitarias de bibliografía y hemerografía completas y actualizadas, sin lo cual los esfuerzos de mejoramiento de la formación de estudiantes, pero también de docentes e investigadores, resultan insignificantes o inoperantes.

Hoy en día es un fundamental factor limitativo importante el constituido por la cultura televisiva y la trivialidad de la información periódica. El desafío para los profesores es titánico. Es una batalla casi perdida. ¿Cómo estimular la lectura? Los estudiantes se aburren, ya ni leen el periódico. ¿Cómo ser un buen estudiante de ciencia política si no se lee el periódico? Una limitación evidente es el monolingüismo. Los estudiantes quieren ser politólogos y no conocen ni usan adecuadamente el inglés o el francés. Ahora bien, suponiendo que sepan idiomas, en la biblioteca no reciben rápidamente algunos libros y revistas importantes que van apareciendo.

P: ¿Cuál debe ser el papel de la universidad pública y qué papel juegan las ciencias sociales al interior de ésta?

R: Creo que las ciencias sociales tienen que jugar un papel muy importante en la universidad pública. Siempre he sido partidario de la universidad pública. Soy egresado de una universidad pública y creo que ésta compite con la universidad privada en todos los aspectos, en los más importantes en condiciones de superioridad: primero, en la investigación en las ciencias humanas y en las ciencias sociales; segundo, en la expresión de lo nacional en el sentido más amplio de la palabra, y por lo tanto, en la cobertura de las necesidades que la universidad privada, que por ser

mercantil y obligada a la rentabilidad, no quiere ni puede cumplir. Por ello, cuanto más complicados se vuelven los problemas en el país y la relación del país con el sistema internacional, más se requiere el desarrollo del potencial creativo y productivo de la universidad, su contribución al debate y a las grandes opciones nacionales. Las ciencias humanas y las sociales, para justificarse, para sobrevivir en un contexto difícil, deben necesariamente reforzar el potencial global de la universidad pública como respuesta a las necesidades nacionales.

P. ¿Cuál cree usted que sea su aportación o influencia personal al campo de la ciencia política latinoamericana?

R: Esta embarazosa pregunta me obliga a un ejercicio de dificultoso equilibrio entre el legítimo derecho a la autoevaluación, la autoafirmación y la autopromoción, en un mundo académico proclive al canibalismo, y el justificado temor a caer en la presunción o en el ridículo. Caminando por el filo de la navaja, creo que puedo justificar empíricamente la afirmación de haber sido un precursor en la ciencia política latinoamericana, el primero o uno de los primeros que asume como central la temática del Estado nacional en su formación y desarrollo, en sus relaciones con el sistema internacional y con la economía y la sociedad nacionales, con una postura teórica y desde una perspectiva interdisciplinarias o transdisciplinarias. Hace cerca de cuarenta años que hice las primeras investigaciones y publiqué los primeros textos donde aparece el problema del Estado en relación con las políticas del petróleo. En 1968 escribí *Formación del Estado nacional en América Latina*, y lo publiqué en 1969. Después, me preocupé por la búsqueda, primero en Argentina y después en los países latinoamericanos, de una teoría en un sentido antidogmático y abierto, desde una perspectiva interdisciplinaria y en la aplicación a un problema específico. A partir de ello, la temática central del Estado la he desarrollado también en su ramificación hacia sectores más específicos, como políticas del petróleo, empresa pública, relaciones internacionales, políticas científicas y tecnológicas, el narcotráfico y las perspectivas de un narco-Estado.

Parte de mi contribución es el enfoque latinoamericano comparativo, la combinación entre el análisis general y el estudio de casos nacionales y su comparación. Todo lo anterior lo he llevado a cabo en instituciones académicas públicas de Argentina, Chile y México. Mis modestas contribuciones sin lugar a dudas reflejan mi fuerte identificación latinoamericana.